

detuvo la teología el desarrollo del espíritu científico. «Dejábase al astrónomo observar los astros, pero á condicion de que la tierra permaneciese en el centro del mundo; de que el cielo continuára siendo una bóveda sólida, sembrada de puntos luminosos; de que la tierra fuese una superficie plana, milagrosamente suspendida en el espacio. Si algunos teólogos permitian á la tierra tomar una forma redonda, era con la condicion expresa de que no habria de haber en ella antípodas. La ciencia estaba encerrada en un círculo del cual le estaba prohibido salir» (1). Acabó por desprenderse de estas trabas, pero fué combatiendo las violencias ó la mala voluntad de los teólogos (2).

Si hacemos notar lo que hay de pequeño y de falso en las ideas cristianas, es porque ha llegado el tiempo en que el espíritu humano debe emanciparse enteramente de las trabas de lo que ha venerado durante siglos como una revelacion divina. La humanidad carece de fe. En vano procura el cristianismo tradicional volver á ganar las almas; bajo su imperio se ha perdido la fe, prueba evidente de que no satisface ya las necesidades del espíritu humano. Si quiere convertirse en elemento de la sociedad naciente, es necesario que se apresure á rechazar los errores que hay en su herencia. El porvenir procederá del cristianismo, como el cristianismo procede de la antigüedad. Depende de la Iglesia el regular el movimiento asociándose á él. La oposicion sería vana. Cuando el pasado lucha contra el porvenir, el porvenir nunca sucumbe.

(1) LETRONNE, *De las opiniones cosmográficas de los Padres de la Iglesia*.

(2) El verdadero sistema del mundo fué declarado «absurdo en filosofía y solemnemente herético en religion.» Ann en el año 1820, el autor de la *Hermeneutica sagrada*, JANSSENS, fué vivamente atacado por uno de sus cofrades en teología por haber admitido el movimiento de la tierra (LETRONNE, *ibid.*).

## CAPÍTULO II.

### LA UNIDAD CRISTIANA.

#### SECCION I.<sup>a</sup>—FORMACION DE LA UNIDAD CRISTIANA.

##### § I.—El cristianismo, religion universal.

La unidad es una necesidad de la naturaleza humana. Los pueblos antiguos la buscaron instintivamente por el camino de la guerra, y la monarquía universal de Roma realizó en ciertos límites el sueño de los conquistadores. Pero esta unidad material, producto de la fuerza, estaba fundamentalmente viciada. No hay más unidad verdadera que la que descansa sobre la union de las almas, y lo que une las almas son las ideas, los sentimientos comunes. El cristianismo tiene la ambicion de establecer esta unidad. Se cree en posesion de la verdad; ahora bien, la verdad es una, independiente así de las circunstancias exteriores como de las opiniones humanas; como emanacion de Dios, ha sido siempre, será siempre y por todas partes la misma. Que los hombres se imbuyan en esta creencia, y su union tendrá una base inquebrantable; abrazará todas las inteligencias y fundará la sociedad espiritual. La pretension del cristianismo no va más allá de la union de los espíritus; abandona el mundo político á sus divisiones. Pero es evidente que si el ideal cristiano se realizára, la sociedad política acabaría por ser una imágen de la sociedad espiritual: ¿cómo habia de que-

dar dividido el mundo si las inteligencias estuvieran unidas? Se ha comparado la cristiandad á una gran república; es cierto que la religion cristiana, uniendo á los hombres por una fe comun, les ha dado sentimientos comunes; de aquí una civilizacion comun, que es una preparacion para la unidad del mundo.

Constituir el género humano en la unidad; tal es el objeto supremo del cristianismo. Desde un principio anunció esta pretension que le distingue de las doctrinas políticas y religiosas del gentilismo. «¿Dónde está el legislador, dice Orígenes (1), que haya pensado en extender sus leyes más allá de los límites de una ciudad ó de un pueblo? ¿Dónde está el filósofo que haya pensado abrazar á la humanidad entera en sus doctrinas?» La idea de una religion universal no era completamente nueva. Debe necesariamente producirse allá donde la fe en un Dios único se halla fuertemente arraigada. El mosaismo tenía la ambicion de convertir á las naciones al culto de Jehová. Pero aunque sintiendo la necesidad de la unidad, el mundo antiguo ignoraba las condiciones bajo las cuales puede realizarse; estaba tan impregnado del espíritu de division, sus ideas eran tan pequeñas, que los Judíos no comprendían la unidad sino bajo la forma de un imperio temporal; los profetas mismos representaban la dominacion futura de Jehová bajo la imágen de una conquista (2). Esta opinion habia llegado á ser general en la época del nacimiento de Jesucristo. «El ángel dijo á María: parirás un Hijo y le darás el nombre de Jesus. Será grande y le llamarán el Hijo del Altísimo, y el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, y reinará eternamente sobre la casa de Jacob» (3). Así, en la creencia general, la era mesiáni-

(1) ORÍGEN., *De Princ.*, IV, 1.—THEODORET., *adv. Græcos, Serm.* IX, (t. IV, p. 608 y sigs.).

(2) ISAÍAS, XLV, 5, 14: «Yo soy el Eterno, y no hay otro.... El trabajo de Egipto y el tráfico de Cusa, y los Sabeos, hombres de gran estatura, se pasarán á tí, y serán tuyos; vendrán encadenados, se prosternarán delante de tí, y te rendirán homenaje diciendo: el Dios fuerte está verdaderamente contigo, y no hay otro Dios que él.»

(3) LUC., I, 31-33. Compár. IBID., 68-70: «Y Zacarías profetizó, diciendo: Bendito sea el Señor de Israel, porque ha visitado y rescatado su pueblo, y nos ha enviado un poderoso Salvador, de la casa de su servidor David, segun lo que ha dicho por boca de los santos, de sus profetas, en los siglos pasados, que nos salvaría de nuestros enemigos y de todos los que nos odian.»

ca era esencialmente judía. Para gozar de sus beneficios debían comenar los gentiles por hacerse Israelitas. Las naciones no habían de formar más que un pueblo, pero éste habia de ser el pueblo de Israel. No habia de haber más que una ciudad santa, pero ésta habia de ser Jerusalem. Una sola ley habia de gobernar al mundo, pero esta ley habia de ser la de Moises. La tierra no habia de adorar más que á un solo Dios, pero éste habia de ser Jehová (1).

¿Participaba Jesucristo de las esperanzas mesiánicas del pueblo en cuyo seno nació? ¿Qué idea tenía del reino de Dios que predicaba? ¿Creía que para entrar en él era necesario ser judío, ó daba acceso á él á todas las naciones? Para la apreciacion de la personalidad de Cristo, estas cuestiones son fundamentales, pero son insolubles. No tenemos más que los testimonios de los Evangelios y son contradictorios. Hay numerosos pasajes que representan á Jesucristo limitando sus miras y su accion á la Palestina. Si Mateo y Lucas refieren fielmente las palabras de Cristo, se habria de creer que Jesus no pensaba en remplazar el mosaismo por una religion nueva: «No penseis que yo he venido á abolir la Ley ó los profetas. Porque os lo digo en verdad: el cielo y la tierra no pasarán sin que toda la Ley se cumpla hasta la última letra y el último punto. Aquel, pues, que conservare estos más pequeños mandamientos y los enseñare á los hombres, aquel será llamado grande en el reino de los cielos» (2). Hay más. Los doctores judíos habian emprendido la conversion de los gentiles. Jesucristo dijo por el contrario á sus apóstoles: «No vayais á los gentiles, ni entreis en las ciudades de los Samaritanos; mejor es que marcheis adonde están las ovejas perdidas de la casa de Israel... Os lo digo en verdad: no habréis evangelizado todas las ciudades de Israel ántes que venga el Hijo del hombre» (3).

Cristo predica con el ejemplo. Habiéndole rogado con insistencia una mujer cananea que curara á su hija, lo rehusa diciendo que no ha sido enviado sino para las ovejas perdidas de la casa de Israel. La pobre madre se arroja á sus piés gritando: Señor, so-

(1) *El apóstol Pablo y los Judío-Cristianos*, segun los trabajos de la escuela de Tubinga, por STAP, en la *Revista Germánica*, t. XI, p. 257-259.

(2) MATEO, V, 17-19; LUCAS, XVI, 17.

(3) IBID., X, 5, 6, 23.

corredme. ¿Qué responde aquél que era todo caridad para los suyos? La despide con estas duras palabras: «*No se debe tomar el pan de los niños y arrojárselo á los perros*» (1). ¿No parece que era un judío más judío que los fariseos? Así es que reconoce la autoridad legal de los que ocupan la cátedra de Moises y quiere que se les obedezca. Él mismo observa fielmente la ley ceremonial de sus padres (2).

Hay otros pasajes completamente explícitos que muestran á Jesucristo despojado de los estrechos vínculos del judaismo, y pensando en extender su enseñanza á todos los pueblos. El judaismo estaba encerrado en prácticas y observancias exteriores, que hacían de él un culto particular nacional. Jesus dice: «*El sábado se ha hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. Por esto el Hijo del Hombre es dueño del sábado mismo*» (3). El mosaismo era una religion local; Jehová no podía ser adorado sino en Jerusalem. Jesus dice: «*Llega la hora y ha llegado ya, en que no adorareis al Padre, ni en esta montaña, ni en Jerusalem; en que los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad. Dios es espíritu, y los que le adoren le deben adorar en espíritu y en verdad*» (4). En fin, Jesucristo ataca las preocupaciones de los Judíos en su fundamento. Se creían una raza elegida, el pueblo de Dios. Jesus les dijo: «*Muchos vendrán de Oriente y de Occidente para sentarse con Abraham, Isaac y Jacob en el reino de los cielos, en tanto que los hijos del reino serán arrojados en las tinieblas exteriores*» (5). La consecuencia lógica de esta enseñanza era que el reino mesiánico debía cambiar de naturaleza. Los Fariseos le preguntan cuándo vendrá el reino de Dios: «*El reino de Dios, dice, no vendrá de una manera sensible. No se dirá: está aquí ó está allí. Porque el reino de Dios está dentro de vosotros*» (6). En este caso no había ya obstáculo alguno para que la buena nueva fuese anun-

(1) MATEO, XV, 21-26.—MARCOS, VII, 24-27.

(2) IBID., XXIII, 2, 3.—PABLO, Galat., IV, 1.

(3) MATEO, II, 27-28.—MATEO, XII, 2, 8.—LUCAS, VI, 5.

(4) JUAN, IV, 20-24.

(5) MATEO, VIII, 11-12.

(6) LUCAS, XVII, 20, 21.

ciada á los gentiles. Por eso da Cristo á sus apóstoles la mision de enseñar á todas las naciones (1).

¿A cuál de estos contrarios testimonios debemos creer? ¿Han comprendido mal los discípulos á su maestro, ó el maestro mismo no tenía idea fija sobre la extension de su mision y sobre la inmensidad de la revolucion que venía á inaugurar? No puede darse respuesta cierta á estas cuestiones. Cuando se considera el cristianismo bajo el punto de vista del desarrollo progresivo de la humanidad, se puede, sin hacer injuria á Cristo, suponer que no tenía conciencia entera de su obra. Es necesario decir más; es aún imposible que haya pensado en fundar una religion nueva, si, como lo dicen todos los evangelistas, creía en el fin próximo del mundo. ¿Es esto decir que haya querido limitar los beneficios de su reino únicamente al pueblo elegido? Esto sería decir que Cristo tenía aspiraciones ménos generosas que los doctores judíos que recorrian el mundo para ganar un prosélito. Esto es moralmente imposible. Es necesario, pues, admitir que en el pensamiento de Jesucristo, como en el de los profetas, todas las naciones eran llamadas. Quizás comenzó por creer que los gentiles debían hacerse judíos para entrar en el reino del Mesías; pero sus ideas y sus sentimientos tomaron más generalidad á medida que avanzó en su ruda carrera. En todo caso había en sus palabras principios de una doctrina universal. ¿Qué importa que el maestro no haya comprendido todo su alcance? Una vez depositado el germen de la verdad en el seno de la humanidad, Dios sabrá hacerlo fructificar. Los primeros discípulos de Jesucristo salidos del pueblo participaban de sus preocupaciones; la nacion á que Jesus se dirigía no soñaba más que en dominar. Se podía temer que el cristianismo quedara como una secta oscura del judaismo, cuando la Providencia eligió un hombre que merece ser colocado al lado de Cristo como fundador de la religion cristiana: San Pablo llevó el Evangelio á los gentiles.

San Pablo luchó toda su vida contra las ideas mezquinas de los cristianos de la Palestina. No lo logró enteramente. No tenía solamente que combatir el particularismo judío; predicando el Evan-

(1) MATEO, XXVIII, 19.

gelio á los gentiles suscitó una nueva lucha entre el espíritu cristiano y el genio de la antigüedad. La oposicion era tan profunda, que los Padres de la Iglesia desesperaron de la victoria; creian que sería necesaria una intervencion directa de Dios para vencer la resistencia que el paganismo oponia al Evangelio; no esperaban la conversion del mundo sino de la segunda venida de Cristo (1). El paganismo sucumbió, pero la unidad cristiana no dejó de ser una utopia. A consecuencia del establecimiento del cristianismo hubo una nueva division de los hombres en cristianos y no cristianos, en ortodoxos y herejes; era casi el antiguo dualismo. En fin, el Oriente se separó del Occidente, y á pesar de heróicos esfuerzos, el cristianismo no ha llegado á conquistarlo.

¿Es esto decir que la unidad, objeto del cristianismo, sea una quimera? Los cristianos buscan la unidad en nombre de un principio falso; la verdad revelada que enseñan al mundo es el gérmen de una division irremediable entre los que creen en la revelacion y los que no la aceptan. La hostilidad no podria desaparecer sino por la reunion de todo el género humano en la fe cristiana. Pero la unidad religiosa, tal como la Iglesia la concibe, es imposible. Hay en la creacion un elemento de unidad y otro elemento de diversidad. Los antiguos no conocian sino la diversidad; la divinizaban en los dioses innumerables de que poblaban el universo. Queriendo el cristianismo reducir esta discordancia á la armonía, se fijó exclusivamente en la unidad. Si la antigüedad desconocia un elemento esencial de la naturaleza humana, el cristianismo, por su parte, hacia violencia á la humanidad, procurando reducir todas las diversidades á la unidad absoluta. La Iglesia intentaba una obra imposible, en la que tenía que fracasar.

Es imposible que los hombres, criaturas imperfectas, posean nunca la verdad absoluta; es necesario, pues, que renuncien á la unidad absoluta. La verdad es una luz, de la que los hombres no reciben más que un rayo; es conveniente que ilumine á los indi-

(1) JUSTIN. (*Dialog. c. Tryphone*) dice de los jefes de la sociedad pagana: *οἱ οὖν πάντων θανατοῦντες καὶ διάκοντες τοῦ τὸ ὄνομα τοῦ Χριστοῦ ὁμολογούντας, εἰς πάλιν παρῆ καὶ καταλύσῃ πάντα.*—Una gran parte de la tierra, dice ORÍGENES, no se someterá á Jesucristo sino despues de su segunda venida (*Homil. XVI, 3, in libr. Jesu Nave, C. Comment. in Matth. (t. III, p. 857, F); c. Cels. VIII, 72.*

viduos y á las naciones de diversa manera, porque, si una misma fe fuera aceptada por todo el género humano, se hallaria por esto mismo dominado por el error propio de aquella. Cuanto más campo haya para las diferentes concepciones, más probabilidad existe de que la verdad se manifieste bajo todas sus fases. Es decir, que la unidad absoluta es un falso ideal. Es necesario dejar á los individuos y á las naciones entera libertad para buscar la verdad á su modo. La filosofía rechaza la revelacion milagrosa porque es incompatible con esta libertad de pensar. Si la unidad puede realizarse en ciertos límites, es por los esfuerzos libres del espíritu humano. En este sentido puede decirse que la unidad es nuestro ideal.

### § III.—Lucha del cristianismo contra el judaismo (1).

#### N.º 1.—Los apóstoles imbuidos en la idea del mesianismo judío.

Los apóstoles participaban de las creencias populares sobre la venida del Mesías y sobre su vocacion; esta creencia fué la que los unió á Jesucristo. Veian en él el enviado de Dios, prometido por los profetas, que debia restablecer el reino de Israel y someter en seguida el mundo á las leyes del pueblo elegido. Esperaban en su fe sencilla, que, habiendo abandonado todo por el Mesías, les daria el primer lugar en su reino. *Mateo* hace decir á Jesus: «Porque me habeis seguido, cuando al tiempo de la regeneracion el Hijo del Hombre se sienta sobre el trono de su gloria, vosotros tambien os sentaréis sobre doce tronos para juzgar á las doce tribus de Israel» (2). Se vió á sus discípulos disputarse el primer lugar en su futura grandeza. La madre de *San Juan* dijo á Jesus: «Haced que mis dos hijos, que están aquí, se sienten el uno á vuestra derecha y el otro á vuestra izquierda en vuestro reino.» Los demas discípulos se indignaron de las preteusiones de los dos

(1) Véase el excelente *Estudio* que hemos citado, p. 241, nota 1.

(2) MATEO, XIX, 27, 28.—MARCOS, X, 28.—LUCAS, XVIII, 28.